ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

POR LA FUERZA DE KARMA

I

La ciencia moderna nos asegura que la pasión del primer amor, en tanto que puede afectar al individuo, es «absolutamente anterior á toda experiencia análoga, cualquiera que sea». En otras palabras: que lo que puede parecer más estrictamente personal en los sentimientos, no tiene absolutamente nada de individual. La filosofía había descubierto este hecho hace tiempo, y nunca ha teorizado de un modo más atractivo que cuando ha tratado de explicar el misterio de la pasión. Sin embargo, la ciencia se ha limitado severamente á algunas sugestiones acerca de tal problema. Y es lástima que los metafísicos no hayan dado nunca explicaciones propiamente detalladas, ni cuando enseñan que la visión primera de la persona amada despierta en el alma del amante algún recuerdo innato y durmiente de la verdad divina, ni cuando afirman que la ilusión es producida por espíritus que aún no han nacido y que tratan de encarnar. Pero la ciencia y la filosofía convienen en un hecho muy importante: en que los amantes mismos no eligen, sino que están sujetos á una influencia ajena. La ciencia es aún más positiva en este punto: establece simplemente que los muertos, no los vivos, son los responsables de la pasión. Parece haber alguna cla-

se de recuerdo espiritual en los primeros amores. Es verdad que la ciencia, á diferencia del buddhismo, no declara que, bajo particulares condiciones, podemos comenzar á recordar nuestras vidas anteriores. La escuela de psicología, que está basada sobre la fisiología, niega hasta la posibilidad de la herencia de la memoria en este sentido individual. Pero admite que alguna cosa más poderosa, aunque más indefinida, es heredada: la suma incalculable de los recuerdos ancestrales, la suma de innumerables billones de trillones de experiencias. Así, puede interpretar nuestras más enigmáticas sensaciones, nuestros impulsos en conflicto, nuestras intuiciones más extrañas. Todas estas atracciones ó repulsiones aparentemente irracionales, todos estos goces ó tristezas vagos, nunca serán explicados por la experiencia individual. Pero no nos lleva aún la ciencia á discurrir ampliamente acerca del primer amor, aunque el primer amor, en su relación con el mundo invisible, es la verdadera predestinación de los sentimientos humanos y la más misteriosa de todas.

Así, en nuestro Occidente, se perpetúa el enigma. Al crecimiento del joven, cuya vida es normal y vigorosa, sigue una especie de período atávico, en el cual comienza á sentir por el sexo débil este desprecio primitivo creado por la mera conciencia de la superioridad física. Pero es precisamente en esta época, en la cual la sociedad con las mujeres tiene menos interés para él, en la que pierde repentinamente el dominio de sí mismo. Cruza la senda de su vida una doncella nunca vista por él, poco diferente de las demás hijas de los hombres, por lo común no admirada por nadie. En el mismo instante, con un singular impulso, la sangre se precipita en su corazón, y todos sus sentidos se encantan. Después, hasta que la locura acaba, su vida pertenece totalmente á este sér recién hallado, del cual aún no sabe nada, sino que la luz del sol parece más bella cuando le toca. De esta cadena no puede libertarle la ciencia mortal. Pero, ¿cuál es la causa del maleficio? ¿Es algún poder que existe en la vida del ídolo? No; la psicología nos dice que es el poder de los muertos dentro del idólatra. Los muertos traman el hechizo. De ellos proceden las emociones del corazón del amante; de ellos el temblor eléctrico que late dentro de sus venas al primer contacto de una mano de la doncella.

Pero, ¿por qué se ama á *ésta* más bien que á cualquiera otra?

He aquí la parte más oscura del enigma. La solución que ofrece el gran pesimista alemán no armoniza bien con la ciencia psicológica. La elección de los muertos, evolutivamente considerada, será una elección basada sobre el recuerdo, no sobre la presciencia. Y el enigma no es placentero.

Cabe formular la hipótesis romántica de que el amor á una mujer es debido á la supervivencia en ella, como en una fotografía compuesta, de las cualidades que influyeron sobre todos y cada uno de los antepasados que sintieron la influencia del amor. Y es también posible que tal amor sea causado por la repetición en ella de alguna parte de la multitud de encantos que los antepasados amaron en vano.

Aceptando la teoría más fantástica, creeríamos que la pasión, aunque enterrada una y otra vez, no puede morir ni descansar; los que han amado en vano, sólo mueren en apariencia; realmente, viven en una serie sucesiva de corazones hasta que son satisfechos sus deseos. Esperan, quizás durante siglos, la reencarnación de las formas amadas, tejiendo siempre, en los sueños de los jóvenes, sus vaporosas combinaciones de recuerdos. De aquí los ideales irrealizables, las almas frecuentemente perturbadas por mujeres que no han conocido nunca.

En el Extremo Oriente, los pensamientos son distintos, y lo que voy á referir concierne á la interpretación de Buddha.

II

Un sacerdote murió recientemente bajo circunstancias en extremo singulares. Era el sacerdote de un templo que pertenecía á una de las más viejas sectas buddhistas, en una aldea cerca de Osaka. (Puede verse este templo desde la estación de Kwan-Setsu, conforme se va en tren á Kyoto).

Era joven, serio y extremadamente bello, demasiado bello para sacerdote, como decían las mujeres. Miraba como una de esas hermosas figuras de Amida, hechas por los más grandes estatuarios buddhistas de otros tiempos. Los hombres de su parroquia le tenían por un sacerdote puro y sabio, y estaban en lo justo. Las mujeres no pensaban sólo en su virtud ó su sabiduría; poseía el infortunado el poder de atraerlas independientemente de su voluntad, como un hombre cualquiera. Era admirado por ellas, y también por mujeres de otras parroquias,

de un modo completamente profano, y su admiración contrariaba á sus estudios y perturbaba sus meditaciones. Encontraban pretextos irreprochables para visitar el templo á todas horas, con objeto de ver al sacerdote y hablar con él; le preguntaban cosas que estaba en el deber de contestar y hacían ofrecimientos religiosos que él no podía menos de admitir. Si alguna vez le hacían preguntas de un género no religioso, le veían enrojecer. Era, por naturaleza, demasiado noble para defenderse por medio de palabras severas, aun cuando las muchachas atrevidas de la ciudad dijesen cosas que las jóvenes del país jamás se hubiesen atrevido á decir, cosas que le obligaban á rogarlas que se retirasen de su presencia. Y cuanto más resistía la admiración de la timidez, ó la adulación del atrevimiento, más aumentaba la persecución, que llegó á ser el tormento de su vida.

Sus padres hacía mucho tiempo que habían muerto; no tenía lazos mundanos; amaba solamente su vocación y los estudios correspondientes á ella, y no gustaba de pensar en cosas locas y prohibidas. Su belleza extraordinaria, la belleza de un ídolo viviente, era para él una desgracia. Se le ofrecieron riquezas bajo condiciones que no podía ni discutir. Las jóvenes se arrojaban á sus pies y le rogaban en vano que las amase. Se le enviaban constantemente cartas de amor, cartas que nunca obtuvieron respuesta. Algunas estaban escritas en el estilo clásico y enigmático que habla de «la unión en el seno de las rocas», de «las olas de la sombra de una cara», de «las corrientes que van á unirse». Otras eran natural y francamente tiernas, llenas del *patos* de la primera confesión de amor de una doncella.

Por largo tiempo, tales cartas dejaron al joven sacerdote inconmovible, en la apariencia externa, como algunas estatuas de ese Buddha, á cuya imagen parecía hecho. Pero, en realidad, no era un Buddha, sino un hombre débil, y su posición era difícil.

Una tarde llegó al templo un muchachuelo que le entregó una carta, cuchicheó el nombre de la persona que le enviaba y se escapó corriendo entre las sombras. Según el testimonio subsiguiente de un acólito, el sacerdote leyó la carta, la restituyó á su sobre y colocó éste en la estera, al lado del cojín que le servía para arrodillarse. Después permaneció sin moverse durante largo tiempo, como absorto en su pensamiento; buscó su

recado de escribir, escribió una carta, destinada á su director espiritual, y la dejó en el mismo sitio en que la había escrito. Entonces consultó el reloj y un horario de los trenes. Era la hora; la noche estaba tempestuosa y fría. Se postró por un momento para orar ante el altar; luego se precipitó en la negrura y llegó precisamente á tiempo de arrodillarse en mitad del carril, haciendo frente al rugido y al ímpetu del expreso de Kobé. Y un momento después, las que habían admirado la extraña belleza de aquel hombre, habrían gritado horrorizadas al ver á la luz de una linterna lo que quedaba de aquella pobre carne humana que manchaba los hierros de la vía.

Se encontró la carta que había escrito á su superior. Contenía una sencilla narración del hecho, de que, sintiendo que le abandonaba la fuerza espiritual, había resuelto morir á fin de no pecar.

La otra carta yacía aún donde la había dejado en el suelo; era una carta escrita en ese lenguaje femenino, en el cual cada sílaba es una pequeña y tierna caricia de humildad. Como todas estas cartas (que nunca se envían por correo), no contenía fecha, ni nombre, ni inicial; su sobre no tenía señas. En nuestra lengua, incomparablemente ruda, sólo podemos obtener la traducción imperfecta que sigue:

Tomarme esta libertad es, tal vez, demasiado atrevimiento; pero creo que no debo callar, y por eso os escribo esta carta. En cuanto á mi humilde persona, tengo que deciros solamente que cuando os vi la primera vez en el período del festival de las Costas Lejanas, comencé á pensar en vos, y que desde entonces no he podido olvidaros ni un momento. Cada día me sumerjo más en este pensamiento, que aumenta sin cesar; cuando me duermo, sueño, y cuando despierto y no os veo, comprendo que no eran reales mis pensamientos de la noche y no puedo menos de llorar. Perdonad que habiendo nacido mujer exprese mi deseo de alcanzar un favor extraordinario: el de no llegar á ser odiosa á una persona tan alta. Parecerá locura y falta de delicadeza que permita á mi corazón torturarse con el pensamiento de algo que está tan alto sobre mí. Pero sólo porque sé que no puedo contener mi corazón he dejado brotar estas palabras, que escribiré con mi tosca pluma y os enviaré. Os ruego que me juzguéis digna de piedad; os suplico que no me déis por respuesta palabras crueles. Compadecéos de mí, ved que esto no es sino el desbordamiento de mis sentimientos humildes; dignáos adivinar y juzgar rectamente, aunque sólo sea, al menos por bondad, este corazón, que sólo en

su gran tristeza se aventura á dirigirse á vos. Constantemente espero una respuesta grata.

Por todas las cosas afortunadas, felicitación.

Hoy,—
de la honorablemente conocida,
al deseado, amado, único augusto,
esta carta parte.

III

Llamé á un japonés amigo, un estudiante buddhista, para consultarle algunas dudas acerca del aspecto religioso de este incidente. Aun como confesión de la debilidad humana, este suicidio me parecía un acto de heroismo.

No le pareció así á mi amigo. Pronunció palabras de censura. Me advirtió que todo el que apele al suicidio como medio de escapar al pecado será proclamado proscripto espiritual por Buddha, incapaz de vivir con los hombres santos. Así, el sacerdote muerto ha sido uno de aquellos que el Maestro llamaba locos. Sólo un loco puede imaginar que destruyendo su propio cuerpo ha destruído también la posibilidad de pecar.

—Pero—protestaba yo—la vida de este hombre era pura... ¿No es de suponer que buscó la muerte para no ser causa, sin saberlo, de que otras personas pecasen?

Mi amigo sonrió irónicamente. Después dijo:

—Hubo en otros tiempos una señorita en el Japón, noble de nacimiento y muy hermosa, que deseaba hacerse monja. Fué á un templo é hizo sus votos. Pero el gran sacerdote la dijo: «Sois aún muy joven. Habéis vivido la vida de las cortes. A los ojos de los hombres mundanos sois bella, y á causa de la hermosura de vuestro rostro os acometerán tentaciones de volver á los placeres del mundo. También este deseo puede nacer á impulso de alguna pena momentánea. Por tanto, yo no puedo acceder en vuestro ruego.» Pero ella rogó aún con tanta insistencia, que el sacerdote juzgó lo mejor dejarla bruscamente. Había un gran *hibachi*—un brasero de carbones encendidos—en la habitación donde se quedó sola; calentó las tenazas de hierro del brasero hasta que estuvieron rojas, y con ellas perforó y desfiguró horriblemente su cara, destruyendo su anterior belleza. Entonces el sacerdote, alarmado por el olor de las quemaduras, volvió precipitadamente y se quedó aterrado con lo que vió. Pero ella

volvía á rogar, sin ningún temblor en la voz: «Porque era bella os negabais á aceptarme. ¿Me admitiréis ahora?» Fué aceptada en la Orden y llegó á ser una santa monja... Ahora bien, ¿cuál de los dos es mejor, esta mujer ó el sacerdote al cual alababais?

—¿Pero era un deber para el sacerdote—pregunté—desfigurar su cara?

—¡No, en verdad! La misma acción de la mujer hubiese sido verdaderamente indigna si no significase más que una protección contra las tentaciones. La automutilación, de cualquier clase que sea, está prohibida por la ley de Buddha; es una transgresión de la ley. Pero como quemó su cara solamente para poder entrar en el buen camino, y no por temor de ser incapaz de resistir al pecado por su propia voluntad, su falta fué una falta menor. Por otra parte, el sacerdote que dispuso de su propia vida cometió una falta verdaderamente grande. Debería haber intentado convertir á las que le solicitaban. Era demasiado débil para hacerlo. Si sentía que le era imposible resistir al pecado como sacerdote, hubiera sido mejor que hubiese vuelto al mundo y tratado de seguir la ley que siguen los que no pertenecen al orden sacerdotal.

—Para el buddhismo, por tanto, ¿no ha tenido mérito alguno?—pregunté.

—No es fácil presumir que lo haya conseguido. Sólo por los ignorantes de la ley puede ser recomendada su acción.

—Y los que conocen la ley, ¿qué pensarán de los resultados, del Karma de su acto?

Mi amigo meditó un poco; después dijo reflexivamente:

—La verdad toda de este suicidio no ha sido plenamente conocida. Quizás no ha ocurrido por primera vez.

—¿Queréis decir que en alguna vida anterior también habría tratado de escapar del pecado destruyendo su propio cuerpo?

—Sí. Ó en muchas vidas anteriores.

—¿Qué será de su vida futura?

—Sólo un Buddha puede responder á esto con conocimiento cierto.

—¿Pero cuál es la doctrina?

—Olvidáis que no es posible conocer la naturaleza íntima del alma de ese hombre.

—Supongamos que buscó la muerte sólo para escapar al pecado.

—Entonces tendrá enfrente una tentación semejante una y otra vez, y los dolores y las penas consiguientes se le presentarán mil veces, en mil tiempos distintos, hasta que haya aprendido á hacerse dueño de sí mismo. No escapará mediante la muerte de la necesidad suprema de conquistarse á sí propio.

Todavía, después de separarme de mi amigo, continuaba recordando sus palabras, y aún las tengo presentes. Estas palabras hacían renacer en mí nuevos pensamientos acerca de algunas teorías que he aventurado ya en la primera parte de este trabajo. Con todo, no me creo capaz de asegurar con certeza que esta interpretación del misterio amoroso sea menos digna de consideración que las interpretaciones occidentales. Me admiraría si los amores que conducen á la muerte no pudiesen significar mucho más que el deseo espiritual propio de las pasiones muertas. ¿No podrían significar también la penalidad inevitable de pecados olvidados por largo tiempo?

Lafcadio HEARN

LA LIBERTAD MORAL

El libre albedrío es la medida de la personalidad.
CAMPOAMOR (1).

Cada hombre tiene su genio propio.
VOLTAIRE (2).

Los mismos que admiten que todo ha empezado por los átomos generadores, que contenían en germen todas las fuerzas de la Naturaleza, produciendo todos los fenómenos, todos los séres por medio de una evolución continua; los mismos que, cual nuevos teógonos, nos describen la historia de esos átomos y los períodos que han recorrido, período físico, químico, sideral, geológico, orgánico, psíquico, etc., estos mismos soñadores reconocen, y no pueden menos de reconocer, que, si desde el átomo hasta el instinto todo es fatal y necesario, desde el instinto hasta el alma humana todo es voluntario y racional. Y aun en la vasta esfera que comprende el alma humana, se mide su ma-

(1) *El Personalismo*, 158.
(2) Citado por CAMPOAMOR: *El Personalismo*, 149.

yor ó menor valor espiritual, según los grados de espontaneidad consciente que concedemos á la individualidad. La parte constante del *yo* en una individualidad constituye su personalidad moral. Si el *yo* de una individualidad es un día lo opuesto á lo que fué el anterior, la personalidad es nula. «Cuanto menos variable cuantitativa y cualitativamente es el *yo*—dice HARSTEN (1)—más constante es la personalidad; y cuanto más diferente es el *yo* de uno del *yo* de los demás, más profunda es esa misma personalidad.»

Para evitar el oprobio de sus negaciones, el materialista busca un subterfugio, cual es sostener que los resultados matemáticos de la Estadística hacen ver que infinidad de fenómenos humanos, que pudieran atribuirse al albedrío del individuo, tienen leyes sociales determinadas. Esto es demasiado cándido, verdaderamente; un niño no se dejaría coger con semejante artificio. La objeción sólo prueba una cosa, y es que, aunque el hombre posea la libertad, no siempre hace uso de ella. También nosotros hemos visto que el cuerpo puede ser vencido por el deseo, sin que el alma tome en ello parte. Y ¿acaso no existe una libertad inconsciente, un querer lo que no se quiere, y esa voluntad exterior labra fuera de nosotros, y de improviso levanta ante nuestra vista la viva imagen de nuestras acciones, desconocida, odiosa, como hijo adulterino, que nació en nuestra casa, sin ser hijo nuestro? Estos son casos aislados de influencias inconscientes; pero el pretender que toda acción individual tenga en el medio social toda su razón de ser, llevaría á la negación más absoluta de toda experiencia. La Sociedad, como tal, es una abstracción; sólo representa algo viviente y moral en cuanto es un conjunto de individuos. De la grandeza de éstos depende su grandeza; de su sabiduría, la suya; y sólo un conjunto ó una mayoría de hombres virtuosos pueden formar una Sociedad Modelo.

En su afán de materializar aún los supuestos orígenes que pudieran interpretarse, ya que no como fuente de libertad concreta, al menos como representación de una libertad impersonal, nuestros adversarios añaden que si el individuo, como sér que obra, es un producto de la colectividad á que pertenece, ésta es á su vez un resultado necesario de las relaciones de clima y de

---

(1) *Principes de Psychologie*, II, IV.

terreno, ó de las condiciones de ambiente en que se ha desarrollado.

En mis *Observaciones sobre el Cosmopolitismo*, publicadas en el *Madrid Científico* de 10 de Julio de 1903, combatí, desde el punto de vista físico; la opinión de los que han querido buscar en la aclimatación á todas las latitudes una diferencia específicamente orgánica del hombre respecto á los demás animales. Hoy, que los equívocos materialistas van cesando, y que no se pretende buscar nuestra dignidad en hechos que nada tienen con ella de común, conviene no abusar de las confirmaciones empíricas. Cesemos, pues, de forjarnos un Cosmopolitismo Quimérico, que se desvanece inevitablemente desde el punto en que se le considera existente en la Humanidad toda, y contentémonos con observar que el contraste en este punto entre nuestra especie y las animales surge, no de que el hombre no tenga límites propios á su condición de cosmopolita, sino de que él mismo se ha hecho, progresiva y artificialmente, adaptable á todo medio natural por la superioridad de su inteligencia y el impulso de su voluntad, es decir, por su sed de investigación y mejoramiento. Esta última explicación es más satisfactoria, y, por lo tanto, preferible; el instinto en el animal cambia muy contadas veces y en muy restringidas condiciones, cambio contenido en la noción misma de instinto, como creo haber demostrado. Y, sobre todo, el animal no cambia de residencia sino obedeciendo á necesidades físicas, mientras que el hombre emigra en mil ocasiones para cumplir grandes obras morales, intelectuales, religiosas, civilizadoras. FLAMMARIÓN (1) recuerda á los grandes misioneros, como SAN PABLO, SAN FRANCISCO JAVIER y el P. LAS CASAS, y á los grandes viajeros, á cuya cabeza brillan DUMONT D'URBILLE, COOK, LIVINGSTONE, á los cuales puede el lector erudito añadir otros muchos. Esos hombres, ¿no han conseguido el objeto de su ambición en las condiciones físicas más variadas y opuestas? ¿Se puede sostener que, cambiando de terreno, de alimentos, de climas, de Sociedad, de nación, de elementos, é igualmente de cuerpo, en virtud de la transformación incesante de las moléculas; se puede sostener que hayan cambiado de alma, de fe, de esperanza, de valor, de voluntad? Y ¿no han proseguido su objeto ideal por entre las vicisitudes

(1) *Dieu dans la Nature*, III, 3.

más profundas, dominando los obstáculos más poderosos? Insistir en esto sería hacer una injuria al lector. Fuera de nuestros enemigos sistemáticos, ningún regular talento puede dudar que la materia y el espíritu son dos cosas distintas; ninguno ignora que si la asimilación corporal obra en nuestro pensamiento, como la belleza ó la tristeza del día obra en la serenidad de nuestra alma, esto no impide que dicha alma sea un sér personal, que á veces llora cuando cantan las aves y cuando las flores despiden sus fragantes perfumes, y á veces se abandona tranquilamente á los atractivos estudios de la Ciencia, en tanto que un cielo borrascoso y lúgubres tempestades hacen retumbar el trueno, y el rayo desgarra la atmósfera, trazando inflamados surcos (1).

Según los Deterministas, los hombres obran más por el conjunto de circunstancias que les rodean que por sus impulsos propios. Este aserto es de una falsedad absoluta. Las circunstancias, aun las rigurosamente externas, son modificadas, ó, en todo caso, elegidas por nuestro propio impulso y discernimiento. La supuesta formación del sér del hombre por lo objetivo no es más que la lenta imposición del espíritu del hombre á lo objetivo por el pensamiento, la realización de su naturaleza íntegra y la toma de posesión de la realidad externa, en que participan aún los hábitos y las pasiones. Así como, según la Biología, la concreción molecular instable deja siempre como sedimento lo estable, pero lo inverso no ocurre, así el alma humana deja por residuo de sus actos realidades verdaderas, mientras que el medio en que vive no se convierte jamás en existencia psíquica. El ambiente es pasivo, el carácter activo. El carácter es el hombre, su alma, su constitución, su sentimiento, su inteligencia y todas sus cualidades físicas y morales; es lo que le determina é individualiza. Y como con los individuos ocurre con los pueblos, donde la razón, verbigracia, bajo forma de doctrina metafísica ó religiosa, se sobrepone á todas las condiciones geológicas ó topográficas. ¿Quién podrá desconocer la influencia que la idea ejerce sobre la bolición y sobre la acción el pensamiento? ¿Quién pues, será tan exclusivista que haga depender

---

(1) La Filosofía, como ya observó CICERÓN en las *Quaestiones Tusculanae*, no se deja dominar por tales misterios. *O vitae Philosophia dux. O virtus indagatriex expultrixque vitiorum! Tu urbes peperisti; tu inventrix legum, tu magistra morum et disciplinae fuisti: ad te confugimus, a te opem petimus.*

todos los sucesos históricos sólo de la caprichosa arbitrariedad del hombre, ó sólo de la Providencia, ó sólo del acaso? Los historiadores de la Filosofía están conformes en admitir que el Dualismo introducido por Zoroastro en el sistema teológico de la Persia debía engendrar, por oposición al Fenomenismo de la China y al Panteísmo de la India, el antagonismo, la lucha de pueblo á pueblo, la guerra; y por eso la Persia es el primer imperio del Antiguo Oriente que se dejó dominar por el amor á la conquista.

Concedamos lo que es imposible conceder: que el hombre no obra por sí, ni pesa los motivos, ni los escoge: todavía permanece libre. Mientras detenga su reacción sobre el poder de sus motivos, mientras deje para otra ocasión el determinarse, mientras aguarde motivos más poderosos, delibera y procede con autonomía. La elección motivada es elemental en Psicología Empírica: todo el Mundo sabe lo que por ella se entiende. Nada menos necesario que esa elección: es la operación psíquica por la que la voluntad coloca un intervalo de tiempo entre la representación del acto y el acto mismo. Los motivos, en una palabra, indican una producción de la libertad. Hagamos esto más palpable por vía de ejemplo. Si yo tardo en publicar esto un año más, solamente bajo la reflexión de que puedo perfeccionarlo, he creado realmente un motivo. Este motivo es la reflexión misma que me impulsaría á obrar en esa hipótesis, y que no ejercerá la menor presión sobre mi proyecto. El sér necesario responde á la primera solicitación del motivo; el sér libre aplaza su operación, espera un motivo de más peso, y determina el alcance de este motivo. Preguntemos, pues, con Delboeuf (1): «¿Qué consecuencia sacar de aquí? Que dos séres libres, idénticos, colocados en iguales circunstancias, y solicitados, por tanto, de la propia manera, no suspenderán su actividad en el mismo espacio de tiempo, y sería un milagro que esto ocurriera. El Universo, que encierra séres libres, no está, en tal concepto, sometido á leyes fatales.» Su estado actual, después del triunfo del amor y de la inteligencia, es el de la libertad progresiva; las leyes cósmicas, cada vez más dominadas por el espíritu, acabarán por ser, en lo futuro, anormales apariciones

(1) *La Matière Brute et la Matière Vivante*, II, 5, al final.

de ciegas fuerzas conservadas por el caos primitivo acá y allá, como restos de una batalla de dioses.

La falta de libre albedrío dejaría al hombre en la aridez de un desierto espiritual. Su razón quedaría reducida á una vibración sonora, perdida para siempre en la eterna tempestad del Mundo de la materia. Pero el hombre ha roto las cadenas de este Mundo, y las rompería hasta lo infinito, aunque agarradas á ellas se le quedase la mitad del alma. El hombre es algo más que una letra, elemento de una fórmula cósmica que habrá de eliminar el tiempo; es un sér vivo y voluntario, dominador de todo lo material aun en su propio organismo.

Desde el comienzo de nuestra vida consciente, observamos con invariabilidad el hecho de que nuestra voluntad determina ó produce los movimientos de nuestro cuerpo. «Tal hecho—dice Spir—(1), es inconciliable con la ley de la conservación de la fuerza, tal como ésta aparece en el dominio de las ciencias físicas. ¿Cómo puede concebirse, sin contradicción lógica, la acción de nuestra voluntad sobre los cuerpos?» No se la concibe de ningún modo, pero hay sabios que niegan esa misma acción, que afirman que los movimientos de nuestro organismo, queridos por nosotros, se producen, en realidad, por movimientos cerebrales que no podemos percibir, y que nuestra voluntad no hace más que acompañarlos, sin ejercer sobre ellos influencia alguna; nuestro cuerpo no se mueve siempre por sí, y nuestro albedrío y nuestra conciencia no son más que un reflejo accesorio é inútil de esos movimientos. Si, por ejemplo, escribo ahora estas líneas, la causa no es por concepto alguno que yo tenga pensamientos y quiera expresarlos por signos visibles: eso es una circunstancia accesoria é insignificante por completo. ¡Mi mano las habría escrito, aun cuando sus movimientos no estuviesen acompañados de ninguna intención, de ninguna conciencia! Convengamos en que esto es una afirmación bastante extraña.

Con la misma fuerza con que, sin necesidad de levantar el brazo, lo levanto, y afirmo por esto mismo mi libertad, con la misma fuerza, sin utilidad en cumplir mi deber, lo cumplo, y me siento lleno de voluntario albedrío. La libertad no consiste sólo en hacer lo que se quiere, sino en obrar según lo mejor. «Porque cuando á lo mejor nos determinamos—observa

(1) *La Norma Mental*, 84.

LEIBNITZ—(1), nuestra alma se llena de un júbilo desinteresado y de un placer acompañado de luz.» El Verdadero Arte es producto de una liberdad expansiva. La Verdadera Ciencia es resultado de una libertad inteligente. La Verdadera Moral es efecto de una espontaneidad entusiasta. Imposible comprender sin el libre albedrío, el postulado ético que viene implicado en la idea de obligación.

«El deber—escribe MARION—(2), no es concebible más que á condición de que seamos séres voluntarios» (3). En efecto, ¿qué es el deber? Es una ley, una ley completamente original, enteramente diferente de las leyes físicas y de las leyes metafísicas; es una ley que se puede seguir y se puede violar, y que, por consiguiente, requiere elección; es una ley de la actividad libre, un mandato sin coacción, que se dirige solamente á la buena voluntad de cada uno.

Dando á la libertad una fórmula tan transcendental y tan concreta, la teoría del albedrío voluntario ha echado los cimientos del Derecho Penal. El procedimiento de corrección, que forma parte integrante de la defensa social contra los ataques individuales, no puede servir de base á la Criminología del Determinismo. Por el contrario, el Indeterminismo es quien debe reclamarla como suya propia. Sólo lo contingente es digno de perdón y de encauce: lo necesario será siempre fuente de Optimismo, y podrá llegar hasta la barbarie de la pena de muerte cualificada. En el Indeterminismo, la fuerza excitante de la voluntad, somos nosotros mismos considerados bajo una forma ó una fase determinada, y á la vez nuestros movimientos interiores surgen de grandes profundidades, y con frecuencia nacen del capricho. En el Determinismo, el hombre es una víctima de la Sociedad, pero al mismo tiempo una de las células que la componen y animan. No hay, pues, lugar para una penalidad justa.

El Indeterminismo, además de una condición necesaria de

---

(1) Citado por MARION: *Leçons de Psychologie*, 133.

(2) *Leçons de Psychologie*, 106.

(3) Las doctrinas de KANT (*Metaphisik der Sitte*, II) han puesto en claro que la autonomía de la voluntad es el supremo criterio de la moralidad. KANT demostró que esa autonomía es la propiedad que tiene la facultad de reconocer en sí misma su ley (independientemente de la naturaleza de los objetos de la bolición). En su sentir, el principio de la autonomía consiste en determinarse siempre de tal suerte, que la voluntad pueda considerar las máximas que rigen su elección como leyes universales.

la responsabilidad y de la imputabilidad morales, es prenda segura de la transcendencia de la vida. Ya lo vimos indirectamente al establecer la contingencia de las leyes naturales. Sin Indeterminismo, la conciencia no sería más que una mala manera de hablar. La existencia del libre albedrío como fundamento de la individuación no necesita otra explicación ni otra demostración que la reflexión interna. Se impone por su evidencia, y es que en cuestiones de apreciación moral, en cuestiones de justicia, entra por mucho, entra muchas veces por el todo, la creencia. Con esa gran creencia razonadora que abrigamos desde el siglo XVII, desafío á toda la Antropología de Italia, á todo ese Determinismo Superficial, á todo ese charlatanismo vacío, á que componga uno solo de los tratados psicológicos de Leibnitz, y le desafío, no desde esta Revista, porque aquí no puedo extenderme más, lo desafío en todos los lugares admitidos, en la monografía, en el sistema, con todos los métodos y en todos los terrenos, seguro de que no responderá á ninguna de mis objeciones, ni pondrá ninguna luz sobre la luz del autor de *Monadologie.*

He llamado creencia á la convicción de nuestra libertad; pero entiéndase bien mi pensamiento y mi propósito: no he negado que la libertad no sea comprobable empírica y conscientemente. Lo que juzgo insensato es querer cimentar la Moral, el Deber, el Derecho, el sistema de recompensas y penas, el castigo sobre la predeterminación de todas las cosas. «Y los que vienen, *en nombre de su Ciencia Positiva* á sostenerme que no soy libre, cuanto siento mi libertad, me hacen, y con razón, sospechosa esa Ciencia, así como desconfío de un médico que, para libertarme del mal que siento, se limita á negar su existencia» (1). Aváncese más, y prescindiendo de demostrar *more geometrico* el albedrío, ¡tanto valdría teorizar las relaciones de lo que es absoluto!, dígaseme si es posible negar *à priori* un hecho consciente, que traducido á la práctica se resuelve en el deber supremo de creer en la libertad como requisito esencial de todo deber. Si la libertad se pudiese demostrar como un teorema, la Moral sería un cálculo, un interés mezquino, un privilegio de intelectuales. Con todas sus incertidumbres nouménicas, es y

(1) Delboeuf: *La Matière Brute et la Matière Vivante*, II, 5, al final.

será siempre la expresión de la vida, la vida misma y el patrimonio de la Humanidad.

Pero basta de esto; ¿á qué hemos de explicar aquí ahora táctica metafísica? Si no se hubiera venido diciendo que los Indeterministas éramos Escolásticos, retrógrados, gentes de poca Metodología; que no sabíamos comprender, y que no estábamos á la altura de las circunstancias, no hubiera tratado yo esta cuestión; pero como todo esto se ha asegurado, me ha parecido conveniente responder, para que se supiera que nosotros levantábamos el problema del albedrío tan alto como puede estarlo; que nosotros tenemos á la necesidad como límite de la libertad; que cremos que en nosotros trabajamos nosotros mismos, ayudados de todas las influencias exteriores; que obramos sin coacción, aunque no sin causa; por motivos, aunque estos motivos sean propios nuestros; con espontaneidad, aunque no con espontaneidad ciega é intintiva; que mediante nuestro poder automotor, somos en cierta manera dioses en la esfera de la existencia individual. Véase la razón que he tenido para justificar sucintamente nuestra escuela tan maltratada.

Nunca tal vez ha sido más forzado que hoy el reconocimiento de los resortes individuales del alma y de la espontaneidad electiva de su acción. Donde no vemos fatalidades, determinismos, influencias y necesidades, suponemos ya el Espiritualismo Absoluto, y á la observación psicológica sin garantías; pero la *verdad* no debe ceder ante ningún postulado de método, como ante ningún postulado de sistema, y proclamarla hemos ante todo y sobre todo, si no queremos convertir la Ciencia en instrumento de nuestra propia deshonra.

«La verdad—dice BALMES—(1) es de todos los tiempos; digámosla siempre, que Dios hará lo demás.»

E. GONZÁLEZ-BLANCO

(1) *El Protestantismo Comparado con el Catolicismo en sus Relaciones con la Civilización Europea*, IV, 16.

ACLARACIÓN DE LA DOCTRINA CRISTIANA

LA DECLARACIÓN DE CRISTIANO

(CONCLUSIÓN)

PREGUNTA.—*¿Por qué en la boca?*

RESPUESTA.—*Porque nos libre Dios de las malas palabras.*

No sólo las palabras producen en nuestro ánimo efectos gratos ó repulsivos y hasta más ó menos excitantes y apasionados, sino que un simple sonido inarticulado nos afecta agradable ó desagradablemente.

Y es que todo sonido hace vibrar á la materia, la que en su estado más tenue forma figuras variadas que se extienden y reproducen por el espacio en toda la extensión que alcance la onda vibratoria.

La configuración que produce el sonido en la materia y la energía que desarrolla se comprueba por las sencillas experiencias siguientes: extiéndase sobre el parche de un tambor arena fina y seca; con el arco de un violín hágase producir una nota, frotando sobre el aro de aquel instrumento, y se observará que la arena salta, y al caer nuevamente sobre el parche, queda distribuída en formas regulares, que varían con la intensidad del sonido producido.

Si tomamos un vaso con agua y hacemos producir una nota sobre su borde con el arco de un violín, é inmediatamente producimos igual nota en el dicho instrumento, se verá el vaso estallar y deshacerse en varios pedazos por no haber podido resistir su forma la fuerte vibración por ambas notas.

Por tales funciones, el signo del saber y de la voluntad nos advierte la manera de regular nuestras palabras á producir efectos plausibles y benéficos.

PREGUNTA.—*¿Por qué en los pechos?*

RESPUESTA.—*Porque nos libre Dios de malas obras y deseos.*

*

El corazón es el centro de vida puramente animal y que da origen á los deseos y pasiones carnales y egoístas.

Por ello dice Jesucristo en San Mateo, XV, 19: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, muertes, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias.»

El conocimiento de las causas que nos inducen á cometer tales actos y de los perjuicios reales que ocasionan á nuestra materia y á nuestro espíritu, es el mejor preservativo contra ellos, por lo que lo hacemos patente al signarnos haciendo la señal de la cruz sobre el pecho, que nos recuerda que nuestro cuerpo material se regula por leyes invariables que nos es dado conocer, y que debemos ajustar nuestra conducta á obtener la pureza y santidad de nuestros actos, lo que implica el mayor progreso del hombre y su estado de dignidad más elevado.

Pregunta.—*¿Qué cosa es santiguar?*

Respuesta.—*Hacer una cruz con los dos dedos de la mano derecha desde la frente hasta los pechos, y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, invocando á la Santísima Trinidad.*

Pregunta.—*Mostrad cómo.*

Respuesta.—*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

La palabra y el signo empleado al santiguarnos nos hace reconocer que del Dios uno é infinito proceden las tres condiciones que informan el Todo; que el mundo visible ó perceptible, así como el invisible, de Él emanan, como también el hombre y los demás séres, y que la Redención es nuestro término mediante la labor de progreso por experiencias que simboliza el signo de la cruz.

Pregunta.—*¿Cuándo habéis de usar de esta señal?*

Respuesta.—*Siempre que comenzáremos alguna buena obra ó nos viéremos en alguna necesidad, tentación ó peligro, principalmente al levantar de la cama, al salir de casa, al entrar en la iglesia, al comer y al dormir.*

La naturaleza del bien y del mal podemos explicarla suponiendo un foco de luz brillante en cualquier punto de un espacio en el que no exista otra luz alguna.

Las distancias más próximas al foco dicho se encontrarán perfectamente iluminadas; pero las sucesivas contendrán tam-

bién luz menos intensa hasta llegar á la tenue claridad y después á la luz difusa, tras la que sigue la obscuridad, que irá haciéndose á su vez densa, terminando por la lobreguez más completa y la ausencia de toda visión.

Figurándonos á la luz representación del bien, y á las tinieblas del mal, encontraremos en cualquier punto del espacio y del tiempo cantidades variables de ambas cualidades ó condiciones, así como en la luz misma encontramos posibilidad de mayor intensidad, y la obscuridad más densa es susceptible de mayor lobreguez.

La luz, como las tinieblas, no tienen límites conocidos; ambas poseen las condiciones de todo en el Universo, lo ilimitado, lo indefinido; asimismo el mal y el bien son susceptibles de mayor ó menor gradación en la composición siempre dual y nunca simple de nuestro ambiente y de nuestra constitución.

El bien y el mal son cualidades relativas, y en cada instante cabe evaluar cantidades variables de cada una.

La idea del bien, para el hombre de conocimientos superiores y naturaleza espiritual, difiere de la misma idea en el hombre grosero y material y también de la del ignorante ó estúpido.

¿Cuál es la sensación que motiva el bien, y cuál es la que motiva el mal en los animales, y cuál en los vegetales? ¿Cuál es el signo de uno y otro en los minerales?

Los minerales, y después los vegetales, deben poseer la medida que gradúe la cantidad de bien y de mal de cada instante, en conformidad con las leyes que rigen su constitución menos volitiva y más adaptada á preceptos generales; pero el hombre, que entre los animales es el que más activo presenta funciones superiores y de naturaleza extraña á la materia ponderable y orgánica, facultades que no son propias de substancia alguna asequible, posee aquella medida adaptable á las condiciones en que lo colocan esas mismas facultades distintivas.

En el mineral, el conocimiento del bien y del mal se halla en estado latente, aunque en su esfera de acción obra tendente siempre al bien, que es el más exacto cumplimiento de las leyes naturales. No es óbice á la realización de tales fines la variedad de usos nocivos y aun criminales que el hombre hace de la materia, porque son actos accidentales en los que las dichas substancias no obran por tendencias inherentes á su propia naturaleza, sino obligadas por la voluntad del hombre.

El hierro que sirve á perpetrar un crimen no cumple al perpetrarlo tendencia alguna propia de tal cuerpo ó substancia; las tendencias naturales é inherentes al hierro son todas favorables á la armonía de la vida; forma parte del astro, de infinidad de cuerpos compuestos, entrando á constituir una parte esencial del nuestro propio, que la sangre esparce por todo él en abundantes proporciones.

El vegetal posee, no ya el instinto del bien y del mal, sino el conocimiento aletargado, somnoliento, pero rebozando en tendencias benéficas que el hombre es el primero en aprovechar.

El animal ya manifiesta una voluntad activa y particular, que regula él mismo con independencia relativa, incitada por las aptitudes y necesidades. El conocimiento del bien y del mal en el animal parece personalizado y reducido á estrechos y más egoístas límites, si bien, según el *Génesis*, en el cap. XI, prohibe comer la carne de los animales, su sangre y su alma, porque, según el Levítico, cap. XVII, «El alma de la carne está en la sangre»; y el *Génesis*, cap. IX, supone que los animales tienen inteligencia, y en el cap. III del Eclesiástico se dice: «Dios hace ver que los hombres son semejantes á las bestias: mueren como ellas, son de igual condición unos y otras, respiran lo mismo; el hombre no tiene nada que no tenga la bestia.»

Pero el hombre posee una voluntad independiente que le permite evolucionar y contrarestar toda condición ó finalidad. La figura bíblica de la serpiente induciendo al hombre á comer de la fruta del árbol del bien y del mal tiene una elevada significación; la serpiente ó sabiduría es la que despierta en el hombre, por virtud de la evolución natural del espíritu en la materia, el discernimiento de lo útil y lo nocivo; y para conseguir ese discernimiento, ha debido pasar por las experiencias necesarias; y desde el momento que gustó la fruta entra en la práctica más real y completa de las vicisitudes que implica la dualidad de los opuestos principios, los que ya puede conocer, regular y dominar.

El hombre, pues, desde el momento en que adquiere la facultad de atesorar conocimientos, de hacer comparaciones, de sacar resultados de éstas y obrar libremente y conforme á las experiencias y juicios que aquéllas forman, queda sujeto á la práctica de los trabajos ó actividades necesarias á la realización de todo conocimiento, lo que le sirve como escalones para

ir ascendiendo por las gradas del saber infinito, y atravesando el espacio cada vez menos oscuro y tan brillante como se quiera hasta llegar á depurar la materia, en la que toda luz, aun la más intensa, tiene penumbras que sólo se pierden en regiones más elevadas ó del Espíritu.

No hay, pues, en el mundo de la dualidad, en la Naturaleza, bien que no sea susceptible de hacerse mejor, ni mal que no pueda ser bien con relación á un mal más intenso ó agudo.

Por ello la ley de Progreso es la reguladora más sabia y redentora entre principios tan opuestos.

El hombre vive en la atmósfera de luz que alcance en el momento actual de su evolución; debe, pues, aspirar en todo tiempo ambientes más sobrecargados de luz, que es vida, que es salud y aspiración natural intuitiva; por ello la luz es condición anexa á toda grandeza y á toda santidad, condición tanto real como figurada; el astro Rey se destaca entre todos los astros por el manto de luz más viva que lo envuelve; toda religión circunda á su Dios Supremo de rayas refulgentes, y los dioses, espíritus puros, santos, ángeles y séres elevados, se muestran acompañados de aureolas de luz que circundan sus cabezas.

Pregunta.—*¿Qué enemigos son éstos?*

Respuesta.—*El mundo, el demonio y la carne.*

El demonio, ángel (elemento) revelado contra el poder de Dios, denominado Luzbel por los cristianos, Plutón por los griegos, Arimanes en Asia, Satán y otros, representan el principio de antagonismo, oposición ó resistencia que obra en todos los órdenes del Universo; es el demonio el complemento indispensable, el principio opuesto necesario al equilibrio. En la creación ó, mejor dicho, manifestación, el demonio es un factor tan indispensable como el otro principio tenido por contrario; si no hubiera sombra no nos daríamos cuenta de la luz; si no hubiera mal, no distinguiríamos el bien; si no hubiera materia, no tendríamos noción del espíritu; si no se presentara á nuestros sentidos el fenómeno de la muerte, ó paralización de determinado género de funciones, que hace variar la forma, desapareciendo una para producirse otra, ó sea la inestabilidad aparente, no surgiría en nosotros la idea de la persistencia, la estabilidad, lo eterno y lo absoluto.

Toda finalidad se realiza mediante un proceso entre pares

que coadyuvan á ello, tanto en el orden físico como en el psíquico y mental, y por ello vemos que al hombre que predisponemos al estudio y á la práctica de sus ordinarias consecuencias, ó resultará un sabio ó un experto especulista; en cambio, si lo dejamos abandonado á la ignorancia, ó en un centro donde sólo se practique el vicio, la lujuria y el dolo, obtendremos un sér inútil, cuando no perjudicial.

Pero el conocimiento de ambos principios, el del bien y del mal, son ambos necesarios é indispensables para la total sabiduría; y tal afirmación, que pudiera aparecer motivo de escándalo y protesta para espíritus timoratos ó poco aptos y advertidos, se halla confirmada en casi todas las grandes religiones; en la cristiana lo ratifica el pasaje bíblico ya apuntado, en el que Sabiduría, ó la serpiente, induce al hombre para conseguir llegar á ser como Dios es necesario que guste de la fruta del árbol del bien y del mal; y, en efecto, una vez gustado por aquél, se abren de repente sus ojos, conoce su desnudez, su pobreza y su ignorancia; aspira á satisfacer sus necesidades, á dominar los elementos que le rodean y le afectan y á conocer la Naturaleza que lo constituye, lo que produce á su vez actividad, que es vida; el placer y el dolor, que es sensibilidad, y el trabajo, que es aspiración. Y como la desnudez, la pobreza y la ignorancia son causas de efectos que el hombre siente contrarios á su bienestar, progreso y satisfacción, pretende evitar tales condiciones, pretensión en que persiste y será motivo de labor indefinida en las sucesivas generaciones, labor que es la parcial evolución que toca al hombre en el concierto universal que verifican todos los séres y todos los elementos, labor cuyo objetivo lo entraña la palabra progreso, y cuyo indefinido término se vislumbra en la misma Biblia, que pone en boca de Jehová las palabras siguientes (*Génesis*, III, 22): «He aquí: el hombre es como uno de Nos, sabiendo el mal y el bien.»

El significado real ó sentido esotérico de la palabra demonio, Lucifer ó Satanás, está simbolizado en la figura con que se representa de ordinario, cuyo aspecto horrible, fatídico y siniestro, tiene un sentido completamente opuesto por benéfico al hombre.

Los Magos diseñaron y representaron su cabeza mixta de perro, asno y toro, que enseña que la materia es impura, las formas transitorias, y que es necesario expiar las faltas corpo-

rales; una antorcha que flamea entre ambos cuernos es la inteligencia equilibradora entre los instintos y las aspiraciones, entre lo moral y lo material; el pentaclo sobre la frente ó voluntad consiente que dirija las cuatro fuerzas elementales; los pechos de mujer simbolizan la maternidad que, con el trabajo, son los elementos únicos de Redención; separa el pecho del vientre un semicírculo que es emblema de diferenciación entre el mundo material y el moral ó intelectual; las plumas que cubren las partes comprendidas entre los pechos y la región umbilical simbolizan los sentimientos; el vientre escamoso, los apetitos desordenados; el vientre bajo velado y el caduceo simbolizan los misterios de la generación; y por fin, ambas manos, haciendo el signo esotérico en alto y en bajo, indica la santidad del trabajo y el misterio que deben guardar los iniciados de la significación y relación que existe entre el bien y el mal, puntos peligrosísimos de conocer para los no preparados moral é intelectualmente y que entraña un gran poder oculto.

De lo dicho puede deducirse el error que implica tomar por fatídica y horrible una figura que sólo implica ciencia y verdad esplendorosa.

PREGUNTA.—*Pues la cruz ¿tiene virtud contra ellos?*

RESPUESTA.—*Sí, Padre.*

PREGUNTA.—*¿De dónde tiene la cruz esa virtud?*

RESPUESTA.—*De haber vencido Cristo en ella con su muerte.*

La virtud real de la cruz se aprovecha desenvolviendo su significación esotérica, lo que implica sabiduría, que es fuente de todo poder.

En Egipto, y después en la Caldea, antes que en Europa, se usó el emblema llamado Rosa-Cruz, que consiste en una cruz de oro, en cuyo centro lleva una rosa del mismo metal. Entre las cuatro ramas que forman la cruz se hallan inscriptas las cuatro letras I. N. R. I. Los Magos adoptaron la palabra que forman las dichas cuatro letras como palabra sagrada, sustituyendo cada una de ellas, para velarlas á ojos profanos por una figura de cabeza humana, de toro de león y águila.

La significación del Rosa-Cruz era la idea divina de la manifestación de la vida.

La rosa es múltiple en sus hojas componentes dentro de la unidad constitutiva; es esférica, que simboliza el infinito, y el

perfume que exhala revela la vida; se halla colocada en el centro de la cruz, que expresa la idea de la rectitud que marcan sus líneas componentes, y el infinito á que son susceptibles al prolongar sus brazos.

Las letras expresadas son: I (Yosti), que simboliza el principio creador y la manifestación del principio divino que fecunda la substancia; la N (Nain), que simboliza la substancia pasiva, molde de todas las formas; la R (Rasit) simboliza la unión de los dos principios, la perpetua transformación de las cosas creadas, y la I (Yosti), que simboliza de nuevo el principio creador divino, para significar que la forma creada que ha emanado de Él, se eleva á Él sin cesar, para recaer siempre en Él mismo.

Los Magos llevaban un Rosa-Cruz suspendido del cuello por una cadena de oro.

Pregunta.—*Cuando adorais la cruz, ¿cómo decís?*

Respuesta.—*Adorámoste, Cristo; bendecímoste, que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

Es completamente errónea la versión de los autores católicos, que propalan que el signo de la cruz fué antes de Jesús sólo emblema de ignominia, aduciendo, entre otras cosas, la poco definida frase del Deuteronomio, XXI, 20, «Maldito es de Dios el hombre que muere colgado de un leño», pues el simbolismo y veneración de la cruz, no sólo es anterior á la venida del Cristo de Judea, sino al mismo Moisés, remontándose á algunos miles de años antes ó á los orígenes del brahmanismo; y refiere Mr. Jacoillot que los iniciados en el sacerdocio de tal religión tenían á la cruz como símbolo de los grados superiores, y que después de las abluciones se trazaban dicho signo sobre la frente al igual que los cristianos actuales.

Los Brahmanes usaban, como los Magos, una cruz pendiente del cuello; pero ésta se hallaba dentro de un círculo bordado de triángulos, é indicaba que todo en la Naturaleza está sometido á la ley de la triada (Brahma, Vichnu, Siva; el germen, la matriz, el producto; el padre, la madre, el hijo; el grano, la tierra, la planta). La cruz se hallaba formada por el cruce perpendicular de una serpiente y un bastón, simbolizando la serpiente la sabiduría, la prudencia y la perseverancia, y el bastón de siete nudos, los siete grados de poder que recorrían los iniciados.

Por último, según los conocimientos adquiridos por los ocultistas, el signo de la cruz se distingue como enseña simbólica y objeto de veneración hace unos veinte mil años; pero aún se ignora su procedencia y su entera antigüedad.

La señal de la cruz también nos recuerda la virtud innata en todo hombre de oponer una facultad propia á cada estado particular de su ánimo, pudiendo por ello regular nuestros pensamientos, nuestra voluntad y nuestros actos, pues en sí mismo, en su más recóndito fondo posee el arsenal más repleto de toda arma defensiva contra sus enemigos, ya procedan del mundo, del *demonio* ó de la carne; al bullicio puede oponerse el silencio, al concurso la soledad, á las tinieblas la luz, al agravio el olvido, á la cobardía el aliento, al *terror* el ánimo, á la tentación la resistencia, á la guerra la paz y á la tribulación la quietud.

JOSÉ ROJIDO MOREIRA

EL RADIO

Con el título de «Las sorpresas del radio» ha escrito el siguiente artículo el profesor Ramsay con destino á *Le Matin*.

«La energía existe en todas partes: el calor del sol, los saltos de agua, las máquinas de vapor, las mareas, el muelle de un reloj, la corriente eléctrica, todo eso son fuentes de energía.

¿Qué es la energía y cómo se puede utilizar? Rankine, ingeniero escocés, es quien ha inventado la palabra para expresar lo que se puede cambiar en el trabajo, y la significación técnica del *trabajo* es la elevación de un peso contra la atracción de la tierra. Se puede medir el trabajo, ó bien la energía; la unidad se llama erg.

La energía se puede concentrar: un espacio determinado puede contener el doble de energía que contiene otro espacio del mismo grandor. Por ejemplo, doblando la presión en la caldera de una máquina de vapor, se dobla su contenido de energía. También es posible dirigir la energía haciéndola obrar en un sentido determinado.

Así, pues, el progreso humano depende de la habilidad en

concentrar y en dirigir la energía. Cuando se rompe una piedra con un martillo, se concentra la energía en el golpe y se la dirige. Uno de los primeros pasos hacia la civilización fué la invención de la pólvora de cañón. Con ella se ha conquistado un instrumento potente para hacer explosiones; se ha conquistado mucho más descubriendo el algodón pólvora, la dinamita, la melinita. Con la corriente eléctrica se consiguen temperaturas mucho más elevadas que con la combustión del carbón, y se concentra más energía en un espacio reducido.

Expuesto lo que precede, una de las propiedades más interesantes del radio es la cantidad enorme de energía que contiene. El radio tiene una emanación; es un gas que abandona espontáneamente y que posee cerca de las tres cuartas partes de su propia energía. No hay más que recoger el gas detonante de una disolución de radio, hacer combinar el oxígeno con el hidrógeno. Esta emanación posee cerca de tres millones de veces la cantidad de energía que puede dar la explosión de un volumen igual de gas detonante; pero para servirse de ella es preciso ponerla en contacto, durante unos treinta días, con las substancias que se quieren someter á su acción, pues éste es el tiempo que necesita para su descomposición.

Hace cuatro años, M. Frederic Soddy y yo hemos descubierto que la emanación, al descomponerse, da un gas que se llama helio y que muestra un espectro bastante característico; consiste en una línea amarilla brillante, con otras líneas rojas, verdes y azules. Al mismo tiempo, la emanación (ó bien sus productos) emite corpúsculos de dos órdenes de grandor: los de los rayos *alfa,* que, según parece, poseen cada uno la masa de dos átomos de hidrógeno, y los rayos *beta,* corpúsculos de una masa mucho menor, que constituyen la substancia de la electricidad negativa. Se creyó en un principio que el helio era idéntico á los corpúsculos *alfa,* pero los descubrimientos de que vamos á hablar no favorecen esta hipótesis.

Con efecto, si se hace una disolución de la emanación en agua, se obtiene, después de cuatro semanas, gas detonante; pero esa mezcla de oxígeno é hidrógeno sólo contiene una cantidad mínima de helio, pero de un peso atómico y de una densidad mucho más elevados. En fin, disolviendo la emanación en una disolución de una sal de cobre no se forma helio ni neo, sino exclusivamente argo.

M. Cameron y yo hemos hecho estas experiencias en ampollitas de cristal; esperábamos que pasado un mes el agua empezase á disolver los constituyentes, la soda y la cal al menos en pequeñas huellas. Pero con sorpresa descubrimos el lithio, metal de serie alcalina, en los residuos de donde se había separado el cobre. Cuatro veces hemos repetido esta experiencia, con el mismo resultado siempre, sin que olvidásemos examinar los residuos obtenidos por procedimientos absolutamente idénticos, pero sin agregar la emanación al agua ó la sal de cobre. En estas condiciones no aparecía el lithio. Después de haber alejado el cobre de la disolución hemos pesado el residuo, y hemos comprobado que su peso era menor que con el tratamiento con la emanación; el residuo consistía, en gran parte, en sales de sodio.

Es conveniente añadir que los Sres. Rathaford y Soddy han encontrado que la emanación resiste á todo género de agentes químicos; ni los agentes oxidantes, como el oxígeno á una alta temperatura, ni los agentes redentores, como el sodio ó el magnesio, no lo atacan. Estas son las propiedades características de los gases de la serie del argo, de los que cinco son conocidos: el helio, el neo, el argo, el cripto y el xeno. Los pesos atómicos de esos gases van en aumento en el orden mencionado: el helio, 4; neo, 20; argo, 40; cripto, 87,5; xeno, 128. La emanación debe poseer un peso atómico todavía más elevado que el xeno, quizás 215. Existe también una serie análoga que contiene los metales del grupo alcalino: el lithio, el sodio, el potasio, el rubidio, el casio, lo mismo que el cobre, la plata y el oro. He aquí los pesos relativos de sus átomos: Li, 7; Na, 23; K. 99; Cu, 63,4; R, 6, 85,5; Ag, 108; C, 133; Au, 197.

Estoy por creer que los corpúsculos *alfa* y *beta*, emitidos con una enorme rapidez durante la disgregación de la emanación, y que son, por consiguiente, una fuente de energía enorme, encuentran moléculas todavía no descompuestas de la emanación, y á causa de su colisión, estas últimas estallan, formando uno ú otro de los gases que pertenecen á la misma serie. Cuando pueden obrar sin freno, es decir, cuando la emanación existe sola ó mezclada, ya sea con el hidrógeno ó con el gas detonante, su descomposición se acaba hasta el último miembro de su grupo, el helio. En presencia del agua, una cierta parte de la energía es empleada en la descomposición, y la descomposición

de la emanación es menos completa; entonces se forma el neo.

Si hay además una sal de cobre en solución, ésta impide que la emanación no se *degrade* hasta tal punto, y produce el argo, el tercer miembro de su serie. Al mismo tiempo el cobre es atacado; una cantidad mínima del primer miembro de su serie produce el lithio, y parece ser que el sodio se forme también, pues el peso del residuo alcalino de la solución cúprica *tratada* era casi el doble del de la solución que no había sido expuesta á la acción de la emanación.

No quiero insistir sobre la justeza de esta explicación; cuando menos, puede servir de guía al experimentador. La palabra *verdadero* no existe para los sabios; se la reemplaza por la palabra *conveniente*. Todo lo que se puede decir es que los elementos no son todos ya elementales; hay algunos que se descomponen dando otros elementos de la misma serie, cuyos pesos atómicos son menos elevados que los suyos.

Sirviéndose de la energía eléctrica, más concentrada que antes, sir Humphry Davy consiguió hace más de un siglo descomponer los óxidos alcalinos en metal y en oxígeno; utilizando una fuente de energía considerablemente más potente, la energía emitida por la disgregación de la emanación del radio, se ha puesto fuera de duda la naturaleza de los cuerpos que se han llamado *elementos*.

No será preciso abandonar ese nombre; para los químicos, los *elementos* existirán todavía, pero nos hallamos en los comienzos de una química que se ocupará de los cambios producidos por un cuerpo que contiene una cantidad de energía concentrada como no la habíamos tenido nunca á nuestra disposición.»

William RAMSAY

El que lee en alta voz poemas dramáticos hace descubrimientos sobre su carácter; encuentra su voz más natural para ciertas situaciones y escenas que para otras; por ejemplo, para todo lo que es patético ó para todo lo que es bufo, mientras que en la vida ordinaria quizás no tendría ocasión ni aun de mostrar pasión ó bufonería.

F. Nietzsche.

Notas, Recortes y Noticias.

La Doctrina Secreta. Acaba de publicarse en Auckland (Nueva Zelanda) el tercer tomo de *La Doctrina Secreta,* de H. P. B.

La edición, interesante y bien cuidada, es una reproducción exacta de la primera, ya rara en el mercado, y anunciada en muchas librerías como *desiderata*.

La elección presidencial. En la votación verificada entre las varias Secciones de la Sociedad Teosófica para la confirmación del cargo de Presidente con que fué designada Mrs. Annie Besant, el escrutinio general ha dado el resultado siguiente:

Secciones.	En pro.	En contra.
India	3.571	47
Americana	1.319	679
Británica	1.189	261
Holandesa	781	1
Francesa	600	50
Alemana	582	20
Escandinava	548	
Italiana	146	12
Australiana	539	5
Neo-Zelandesa	246	30
Cubana	188	14
Varia	117	3
TOTAL	9.826	1.122

El juicio de Salomón. Gracias á las pacientes indagaciones de Mr. Gressman, que se ocupa del asunto en la *Deutsche Rundschau,* puede seguirse paso á paso la emigración de la leyenda del juicio de Salomón.

El procedimiento empleado por el más sabio de los reyes de

Israel para conocer la verdadera madre de un niño reivindicado por dos mujeres, fué imaginado ya en la India por un rey que fué una de las primeras encarnaciones del Buddha. El juicio, en cuestión, se encuentra referido en los *Jatakas,* de los que el profesor Hermann Oldenberg ha ofrecido interesantes fragmentos en su obra sobre *La antigua literatura de la India.*

De la India, la leyenda pasa al Tibet, y del Tibet á la China, complicándose como conviene á una anécdota convertida en obra dramática. En *El círculo de Creta (Hoeilan-Ki),* la falsa madre es una mujer legítima que roba un niño para obtener una herencia. El juez Pao traza entonces un círculo con tiza, pone al niño dentro y hace que las dos mujeres tiren de las manos del mismo para sacarlo, y la verdadera madre le deja ir con la falsa antes que despedazarlo.

En el libro árabe *Las palabras de Mahoma,* el juicio se refiere poco más ó menos como en la *Biblia.*

El 21 de Junio de 1882 se descubrió en Pompeya una pintura moral que representa el juicio de Salomón. ¿Qué influencia pudieron ejercer las leyendas judías en una población que fué destruída setenta y nueve años después de Jesucristo?, se pregunta luego Gressmann. Seguramente muy poca, y eso no parece que un romano decorase su casa con semejante episodio, teniendo tantos asuntos de qué echar mano. En el piso de la casa *Tiberina,* de Pompilia, se ve un dibujo análogo. ¿Es que en Grecia y en Roma había una leyenda semejante? No se sabe; pero la leyenda se encuentra reproducida de un extremo á otro. La conjetura más probable—dice Mr. Labadie-Lagrave en *Le Figaro*—es que Egipto, sirviendo de intermediario entre Oriente y Occidente, transmitió la leyenda. Las pinturas de Pompeya son, como se sabe, reproducciones de la escuela de Alejandría, y es de presumir que en un país donde se hizo la traducción de los Setenta, la *Biblia* fuese muy conocida.

La gran maravilla. Uno de los sabios más eminentes del Instituto de Francia, el profesor de la Sorbona, Ives Delage, después de muchísimos experimentos, ha logrado la eclosión de los huevos no fecundados, haciendo que lleguen á la edad adulta unos cuantos séres.

El hecho está suficientemente garantido, y no se trata de una broma ó de una precipitación en las afirmaciones de un sabio.

Los primeros experimentos de M. Delage fueron comunicados ha tiempo á la Academia de Ciencias; lo que ha conseguido ahora es una confirmación completa de las pruebas practicadas.

Los huevos que ha fecundado artificialmente el sabio profesor de la Sorbona no son huevos de gallina, sino sencillamente unos huevos más modestos y menos complicados: huevos de estrellas de mar. Para transformarlos en larvas, M. Delage les ha sumergido en un líquido compuesto de un 30 por 100 de agua de mar, un 70 por 100 de una solución azucarada y unos 15 centigramos de tanino, á la que se han incorporado antes 3 centímetros cúbicos de amoniaco por litro. Los óvulos sometidos á semejante baño sufren todas las transformaciones naturales, es decir, las que naturalmente experimentan en la fecundación natural; la vitalidad en semejantes experimentos es prodigiosa: numerosos séres aparecen á la vida, y en los primeros ensayos, sólo un número muy reducido llegaba á la vida adulta.

El profesor Delage dice que ha sido llevado á sus trabajos por los célebres estudios que el sabio alemán Loeb, retirado en América, ha venido haciendo sobre la continuidad de la vida en el corazón, sumergiéndole en soluciones saladas.

La vida adulta la consigue un número muy reducido de larvas, y en los experimentos de M. Delage, en vez de ofrecer los nuevos séres cinco pares de tentáculos, presentan seis, hecho que él atribuye al origen químico de la fecundación que artificialmente se produce

Conviene recordar, sin embargo, que los trabajos de M. Delage no tienen una originalidad absoluta; son, quizás por ahora, los experimentos más brillantes, pero no los primeros y los únicos que se han realizado en el mundo científico; con una justicia y una modestia que le honra, el sabio profesor ha recordado los trabajos de Loeb. En Inglaterra se viene trabajando también hace tiempo en el problema, y un sabio inglés, de origen filipino por cierto, John Butler Burke, ha dado ya algunos interesantes avances sobre el problema que tanto preocupa á los hombres de ciencia.

La casa prodigiosa. El 11 de Septiembre último, en el curso de una tempestad muy violenta, cayó un rayo en la calle de l'Abreuvoir, en la Courneuve, cerca de París, en una casa de campo aislada, á la que destruyó por completo.

Hasta aquí nada de particular; pero en un radio de 100 metros, el rayo ha dejado en dos casas señales indelebles de su paso. De arriba á abajo, en los techados, en el suelo, el fuego volvía á surgir, y bajo influencias completamente desconocidas, los objetos se inflamaban de pronto.

Al día siguiente se declaró bruscamente un incendio en un tinglado situado á 50 metros de la casa siniestrada. Conjurado el peligro por los bomberos, á las tres horas después surgió en el granero. Dos días más tarde, el propietario M. Seillier quedó estupefacto en su jardín al ver que un pedazo de pan que dejó sobre una mesa empezaba á arder y á quemarse, quemando luego la mesa.

Durante los días 15 y 16 se repitieron los incendios parciales. Algunos cuchillos que tenían el mango de madera ardieron espontáneamente, y delante de 25 personas, un paraguas abandonado por inútil se quemó de igual modo. Un sombrero viejo fué arrojado por un bombero, cayó sobre una cortina, se produjo una llama y volvió á provocarse el incendio.

Los hechos anteriores y otros algo menos estupendos, pero no menos extraordinarios, se han reproducido por espacio de ocho días; hay testigos que los han presenciado y gentes de varias ideas y encontradas opiniones que los atestiguan, pero que no se los explican todavía.

Los diablos en Alfor. En Alfor, Valle de Oro (Lugo), donde se publica el periódico quincenal *El Guerrillero*, que dirige el cura párroco de Bacoy, leemos la siguiente noticia:

«En la parroquia de Santa Cecilia de este Valle, desde hace meses á la fecha viene observándose en una casa de dicha parroquia ciertos casos que parece indicar son obra del mismo, pues un *sér invisible* por las noches, tratando de molestar á la familia de dicha casa, juega con objetos que en ella existen tirándoselos á las personas que en ella habitan, aunque sin hacerles gran daño, á no ser el susto consiguiente.

Como quiera que tales fenómenos no obedecen á ninguna causa natural, y además son así... como juegos de niños donde no hay nada serio y formal, por lo que no vamos á suponer á Dios el autor de hechos de esa índole; de ahí que nos inclinamos á creer es uno de tantos diablillos que Dios de vez en cuan-

do deja andar sueltos por fines inescrutables que debemos respetar.

Dicha familia no deja de estar preocupada, y con razón, con los fenómenos tan excepcionales que les causan no pequeñas molestias, y movida por sus sentimientos religiosos ha llamado para bendecir la casa á un sacerdote, no repitiéndose por unos cuantos días después de la bendición de los hechos mencionados, aunque según nos informan vuelven ahora á reproducirse.

El caso es serio y digno de meditación de parte de los que no creen en la existencia de los espíritus malignos, como hay alguno en dicha parroquia, el cual con tal motivo no deja de hacer alarde de su impiedad.

Quisiéramos que tal individuo ó individuos, muy *pocos*, nos explicaran satisfactoriamente, prescindiendo de arte diabólica, tales operaciones.

Pero... lo que dirán nuestros católicos lectores: ¿cómo á pesar de la bendición hecha por el sacerdote, el diablo persiste en sus fechorías? Inescrutables juicios de Dios permitirán aún al diablo hacer eso para bien de tantos ciegos que no ven... y además será de esa clase de demonios de que nos habla Cristo, que no se echan sino con *ayunos y oraciones.*»

Una carta de Tolstoi. Hace tiempo el millonario norteamericano Rackefeller, tuvo la idea de preguntar al conde León Tolstoi cuál era la mejor manera de emplear nuestra riqueza para el mayor bien de la humanidad.

El ilustre conde le ha contestado con la carta siguiente:

«Á las preguntas que me dirigís para saber en qué medida es compatible la riqueza con la doctrina cristiana que profesáis, contesto:

Aun dejando á un lado la enseñanza evangélica, el mismo sentido común nos dice que la riqueza en sí es absolutamente incompatible en la vida buena.

Creo haber demostrado esto de un modo satisfactorio en mi trabajo: *¿Qué hacer?*

El dinero que guardo en mi bolsillo, en mis arcas ó en mi banco, constituye, por manera indudable, una especie de recaudación sobre aquel que no posee nada, el pobre. Así, pues, hacer esas recolectas para alterar el cambio ó sólo para amontonarlas para deslumbrar con su posesión no es un bien, sino un

verdadero mal. Y así es como aparece el dinero sencillamente al buen sentido.

Considerando la cosa desde el punto de vista cristiano, el problema se ofrece más claro todavía. La doctrina del Evangelio, en espíritu, no habla sino de la vanidad de los cuidados del hombre que se afana en la acumulación de riquezas, y de su deber de obrar, no como el rico de la parábola, que atasca el granero, sino como el pobre Lázaro. En el Evangelio se dice que «los pobres son dichosos y los ricos desgraciados, que no se puede servir á Dios y á Mammon al mismo tiempo; que hay que dar al que tiende la mano y no reprenderle» y otras cosas parecidas.

Tal es el espíritu general de la doctrina cristiana. Así, en el diálogo como en el joven acaudalado, la verdad se expresa con una precisión que no puede desconocerse. Allí se dice: «Si quieres ser perfecto deja lo que tienes y sígueme.»

Para justificar la desobediencia á este precepto los que se dicen fieles, pero que falsean la verdad, dicen que en la expresión «si quieres ser perfecto» se indica ya que la perfección no es de este mundo, y que tales palabras sólo quiere decir el Cristo: «si tú quieres ser mi discípulo», etc.

Otra tentativa para justificar la inobservancia de esta doctrina está en asegurar que «lo que es imposible para los hombres sólo es posible para Dios». Esta justificación tampoco es racional, porque esas palabras no significan de ningún modo que esté en el poder de Dios el salvar á los ricos, sino que la imposibilidad de abandonar sus riquezas se hace posible para aquel en quien se despierta el espíritu divino que hay en él.

Siento una verdadera vergüenza, y me duele en verdad tener que decir estas futilidades y demostrar lo que es de certidumbre absoluta para todo hombre sinceramente religioso, crea ó no en la esencia divina del Evangelio.—*León Tolstoi.*»

Veneración por los animales.

Conocido es de todos, lo sabemos por las momias, por los jeroglíficos, por los sellos de papiro, la veneración que los antiguos egipcios sentían por todos los animales salvajes y domésticos. El buitre, el buey, la cigüeña, el cocodrilo, el escarabajo figuran en todos sus monumentos, en los adornos de sus templos, como insignias y como emblemas.

El gato era un animal privilegiado y la historia nos relata

una derrota sufrida por los egipcios por no haber querido atacar á las huestes persas que llevaban al frente gran cantidad de estos felinos, conocedores del gran respeto que el gato inspiraba á sus enemigos del Africa.

También los ratones fueron respetados y venerados por aquel gran pueblo, y las orillas del Nilo guardan aún vestigios que lo atestiguan.

El profesor Garstany, que ha dedicado una gran parte de su vida al estudio del Egipto y á hacer investigaciones en la tierra de los antiguos reyes pastores, se ha hecho célebre por los curiosos descubrimientos que ha conseguido hacer en todo el valle del Nilo, especialmente en la antigua ciudad de Abydos, en el Alto Egipto, en donde ha logrado desenterrar verdaderas curiosidades que son preciosos documentos para la historia de aquel país.

Entre la multitud de objetos y obras de arte de interés arqueológico é histórico que datan de más de 4.000 años acá, encontró el profesor Garstany unos diminutos ataúdes del período ptolemaico que contenían ratones.

Son todos ellos de piedra, con inscripciones hieroglíficas, y con la figura del ratón en posición yacente esculpidas, unas talladas y en relieve otras, en la tapa de los pequeños sarcófagos.

Las oposiciones del tiempo y del espacio, que limitan lo particular humano, se borran una tras otra cuando más entramos en espíritu, en corazón y con obra viva en el sentido de nuestra naturaleza única.

C. C. F. Krause.

No son las cosas las que atormetan á los hombres, sino las opiniones que se tienen de ellas. Por ejemplo: la *muerte* (bien considerada) no es un mal, porque si lo fuera lo habría parecido á Sócrates como á los demás hombres. No, no; la opinión falsa que se tiene de la muerte la hace horrible. Por lo cual, cuando nos hallamos turbados ó impedidos debemos echarnos la culpa á nosotros mismos y á nuestras opiniones.

Epicteto.

No conviene propalar el pecado que otro comete.

Marco Aurelio.

BIBLIOGRAFÍA

J. V. Colominas.—*Els Oposats*, drama en tres actos.—Biblioteca Orientalista.—R. Maynadé.—Princesa, 14, Barcelona.

A propósito de una versión y de un comentario á un drama de Mauricio Maeterlinck, publicado en estas mismas páginas, decía el mismo traductor que hay toda una gran obra de enseñanza en el arte moderno, que tiene una orientación transcendental.

El autor de este drama y su comentarista el doctor D. José Plana y Dorca corroboran valiosamente aquella afirmación, y escribiendo el uno y comentando el otro han realizado la enseñanza que preconizaba el traductor del dramaturgo belga.

El drama del Sr. Colominas está admirablemente comentado, y cuanto pudiéramos decir del mismo sería inferior á lo que consigna nuestro amigo el Sr. Plana y Dorca en sus *Quatre mots sobre el drama d'en J. V. Colominas.*

El autor ha querido suministrar una verdadera enseñanza al público, una enseñanza profunda, *tésica*, y al lado del drama emocional y humanísimo que puede hallar el espectador menos avanzado, hay el gran drama de nuestra actualidad humana. «El optimismo, el Ideal, que *espiritualmente* es Amor, *anímicamente* compasión, y *corporalmente*, Libertad—el Ideal *puro*—, es el único refugio, el abrigo más firme para los pobres, para los desheredados» (Plana y Dorca), que pasa ante nuestros ojos para realizarse por encima de todas las oposiciones y de todos los obstáculos que le ponen en su camino los pecados más grandes y las miserias más pequeñas de los espíritus detenidos y perversos.

El drama del Sr. Colominas se estrenó en el Círculo de Propietarios de Gracia (Barcelona) en Junio último, y fué precedido de una interesante conferencia del Sr. Plana y Dorca, que fué un magnífico anticipo á tan valioso trabajo.

La prensa de Barcelona ha consignado este triunfo, y nosotros, felicitan-

do á los Sres. Colominas y Plana por su trabajo, les animamos para que sigan en tan gloriosa como envidiable tarea.

R.

G. Sergi. — *La Psiquis en los fenómenos de la vida.* — 1 vol. Carbonell y Esteva. — Barcelona.

La Biblioteca de Ciencias Filosóficas y Experimentales, editada por los Sres. Carbonell y Esteva, acaba de publicar su segundo volumen, titulado *La Psiquis en los fenómenos de la vida*, original de G. Sergi, émulo de Mantegazza y Lombroso, sabio catedrático de Antropología de la Universidad de Roma y Director del Museo Antropológico de dicha capital.

La vida, según Sergi, surge de la materia, eternamente estable en sus propiedades y eternamente variable en sus formas, y de una combinación especial de átomos que permite que la energía se acumule en ellos. Su aparición primitiva es con el movimiento, y su substancia primordial, el protoplasma, se presenta siempre en formas ó transformaciones de movimiento.

La sensibilidad es una evolución de la excitabilidad y desempeña una función protectora. Por consiguiente, los fenómenos psíquicos son fenómenos de protección, y la sensibilidad, en su forma elemental, corresponde á lo que se llama *estofilasis* ó sensibilidad de defensa. Pero como la sensibilidad no es suficiente por sí sola para la protección, hace falta la reacción correspondiente que se manifiesta bajo forma de movimiento, siendo la *estocinesis* (sensación y movimiento) la expresión de la función completa.

Una de las propiedades de la substancia viva consiste en poder acumular de nuevo la energía gastada en las funciones, y otra propiedad estriba en multiplicar y conservar las formas mediante la herencia. Todo esto en lo referente á la estabilidad, que sólo cede lentamente cuando energías más potentes atacan la substancia viva. Del desarrollo de la vida animal, en forma y caracteres más complicados, y de nuevas necesidades de la conservación, surge la psiquis como medio ú órgano protector.

Pero la psiquis de Sergi, de este poeta del determinismo, «no es un mito, no es una sombra vaga y fantástica como el alma inmortal; mi psiquis— dice el sabio antropólogo— es una realidad fenoménica, es sensación y movimiento, es sentimiento, es pensamiento, es amor, es vida y está en la vida; tiene entrañas que se conmueven; es poesía, es música, es todo aque-

llo que en la vida es belleza y dulzura, y huracán y tormenta de pasiones».

Si las otras obras que nos prometen los Sres. Carbonell y Esteva son parecidas á la que acabamos de leer, es indudable que mucho tendrán que agradecerles los que siguen de cerca el movimiento científico contemporáneo.

B.

Transactions of the first annual Congress of the federations of European Sections of the Theosophical Society.—By. **J. Van Manen.** Amsterdam, 1906.—1 volumen.

Esta interesante publicación, que revela las positivas conquistas de la enseñanza teosófica, está llamada á ser, por su naturaleza, por la autoridad de sus colaboradores y la propia índole de su publicación, una obra indispensable para todo estudiante de Teosofía.

Este primer tomo lo constituyen los trabajos presentados al primer Congreso teosófico celebrado en Europa, y lo integran estudios por demás interesantes sobre filosofía, misticismo, religión comparada, ciencia, arte, ocultismo, etc., etc.

He aquí el índice de las publicadas en el tomo que ven ahora por primera vez la luz pública:

«La fraternidad como ley de las razas primitivas», por E. Weise.—«El derecho del sufragio en las naciones», por D. A. Courmes. «Fraternidad práctica», por S. Edgar Alderman.—«La religión del futuro», por Fernando Narayana».—«El Bhagavad Gita», por C. Jinarajadasa. - «Algunos consejos de Santa Teresa», por J. M. I.—«El Kitab Tchafot de Algazel», por D. van Hinloopen Labberton.—«Huellas de la Sabiduría Divina en el renacimiento italiano», por Isabel Cooper Vakley.—«Matemática y ocultismo», por R. Steiner.—«La relación entre el yo y el no yo», por Bhagavan Das.—«Un filósofo hermético italiano del siglo XVII», por Decio Calvari.—«Simetría y Ritmo», por G. Polak.—«La reconstrucción de las creencias», por I. Kooper.—«Las principales ideas teosóficas y orientales en las filosofías francesas, suizas, etc.», por L. Revel.—«Conciencia y materia», por L. Desaint.—«La múltiple personalidad», por L. Deinhard. - «El desarrollo de una segunda personalidad», por A. R. Orange.—«Zwei prychische Erfahrunge», por L. L. Lindemann.—«Aspectos de la conciencia en el hombre», por

Th. Pascal.—«Espacio, forma y materia de varias dimensiones», por E. Scalfaro.—«El mecanismo de la visión y la cuarta dimensión», por Arturo Reghini.—«Sólidos regulares de la cuarta dimensión», por Sarah Corbett.—«Criminalidad y Karma», por Samuel van West.—«El respectivo papel de los diversos reinos de la naturaleza en la alimentación del hombre», por J. Grand.—«La misión del arte», por Jean Delville.—«Defensa del simbolismo en arte», por Margarita Duncan.—«Aplicación de algunas enseñanzas teosóficas al arte del canto,» por A. André-Gedalge. — «Teosofía y arte», por Fidus.

U.

Mme. Rufina Noeggerath. *La Vida de Ultratumba*, 2 volúmenes. Carbonell y Esteva, editores. —Barcelona: 6 pesetas.

La reputada casa editorial Carbonell y Esteva, de Barcelona, acaba de poner á la venta la preciosa obra *La Vida de Ultratumba* (La Survie), de madame Rufina Noeggerath, conocida entre nuestros hermanos franceses con el cariñoso sobrenombre de «La bonne mamant».

La casa Carbonell y Esteva, al publicar en lengua castellana esta obra, ha correspondido de lleno á los deseos de la mayoría de los espiritistas américo-latinos, muchos de los cuales sólo conocían esta obra por las alabanzas que de la misma hacían los periódicos franceses, ingleses y alemanes.

Es *La Vida de Ultratumba* un archivo de enseñanzas, en las que los guías del espacio han abocado su larga y profunda experiencia al tratar en sus relatos los más transcendentales problemas de la vida del más allá.

Estamos del todo conformes con la apreciación que los editores ponen al frente del prospecto en que anuncian esta obra y que es como sigue:

«Esta valiosa obra hace digno *pendant* con *Animismo y Espiritismo*, pues si en esa exponen los investigadores terrenos el fruto de sus conquistas, en *La Vida de Ultratumba* son los extraterrenales quienes nos exponen las suyas.

»En Psiquismo, lo mismo que en Espiritismo, no hay que desperdiciar ninguna hipótesis; por lo tanto, hemos creído que lo mismo debemos atender los pareceres de los habitantes de este planeta como los del espacio; pues creemos que nadie mejor que ellos nos pueden dar á conocer los llamados misterios de ultratumba.

»Son varias las obras publicadas conteniendo relatos extraterrenos, pero creemos que ninguna supera á la que hoy ofrecemos al público, ya que en ella se tratan los principales problemas de la vida...»

La Vida de Ultratumba forma dos voluminosos tomos en 4.° de más de 400 páginas cada uno. Vale toda la obra 12 pesetas en rústica y 15 preciosamente encuadernada con plancha alegórica.

Ed.

Auguste Dide. —*Michel Servet et Calvin*, 1 vol., París.—Flammarion, 1907 (s. a.)

Este libro, sin dejar atrás las grandes indagaciones biográficas que se han hecho sobre el célebre filósofo español, es un libro recomendable para los que deseen orientarse en el estudio de las dos personalidades de que trata.

M. Dide ha estudiado con verdadero *amore* la vida de Servet y presenta un cuadro muy bien hecho de la época en que vivió el ilustre filósofo.

En obras de esta naturaleza es imperdonable, sin embargo, que no haya una extensa indicación bibliográfica como demanda el público, no ya erudito, sino curioso. Si M. Dide continuase este estudio y nos ofreciera un verdadero texto del proceso de Servet y alguna traducción de la famosa *Restitutio*, haría un trabajo meritorio y digno del mayor elogio. Otro lunar que puede señalarse en este libro es lo desdibujada que deja la figura de Calvino. Desde luego que su *crimen* no tiene justificación posible actualmente considerado; pero haciendo una pintura más exacta de la barbarie de la época y del medio ginebrino de entonces, se ve que el gran error del reformado francés no fué todo de su propio natural, sino de la intransigencia de sus principios.

U. G.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.